

# Ochenta y nueve *likes*\* y dos muertes

ANDRÉS LEONARDO ESTUPIÑÁN

Escritor, estudiante de la Maestría de Creación Literaria, Universidad Central.

Llegué un poco antes de las ocho de la mañana. Miré el reloj de la sala. Siempre estuve adelantado unos minutos. Mi mamá lo mantenía así para que no se nos hiciera tarde, pero igual todos hicimos mierda el tiempo porque nada nos daba mayor confianza que un reloj adelantado. Antes de ir a verla pasé por una iglesia. Ese día me levanté con un palpito caliente que me liberaba el pecho para volvérmelo a oprimir. Liberaba y oprimía. Liberaba y oprimía. Una sensación casi maníaca de libertad y de miedo a esa libertad. Me senté junto a su cama y la miré ya sin lástima. Metí las manos dentro del bolsillo de mi chaqueta porque el cuarto estaba muy frío. Cerré los ojos un rato, la luz roja de la veladora me cansaba los ojos. Era una luz temblorosa que me hacía sentir como dentro de un cuadro de la Virgen María con almas quemándose. Era una luz macabra.

Primero fue un suspiro ronco, como si se le enredara el aire entre la garganta y el tórax. Después la cara se le volteó hacia el lado izquierdo y su boca quedó entreabierta. Una boca reseca, con residuos de espuma y con una masa blanca que podían ser los medicamentos sin digerir.

—Quédate tranquila —dije con una voz casi inaudible—, quédate tranquila que ya falta poco.

Me levanté y le agarré las manos. Le pedí que no hiciera ningún esfuerzo. Ella me escuchó porque intentó mover los dedos. La volvió a consumir el suspiro ronco

y el acto se repitió tres veces más con intervalos menos prolongados.

Saqué el celular. Entré a Facebook y empecé a pasar el dedo pulgar por el teléfono. Lo pasé y lo devolví muchas veces. Frenaba el movimiento de la pantalla y volvía a arrancar. No buscaba nada, y a decir verdad ni siquiera vi las fotos que pasaban a gran velocidad sobre la palma de mi mano. No era más que la repetición de un acto compulsivo como el de pasar canales de TV o comer de afán. Solté el teléfono cuando escuché un nuevo suspiro. Lo agarré cuando ella regresó a su quietud. Volví a soltarlo dos veces más porque intentaba carraspear. Lo pasaba del bolsillo a mis manos con obsesión.

Pasaron unos minutos. Miré la hora en el celular, marcaba las 9:23 a. m. Desde la pantalla del teléfono mamá me sonreía limpia y sana. La imagen me sobresaltó. Giré la vista hacia ese cuerpo marchito tendido en una cama, tan distinto del que me abrazaba en el fondo de pantalla, y no logré entender en qué momento todo se había convertido en ese paisaje de desolación. Cómo nos dejamos ganar por la costumbre de una imagen, hasta el punto de no ser capaces de reconocer el momento en que centenares de células se mueren para convertirnos en una masa inerte que dista mucho de lo que veíamos cada mañana en el espejo.

Volví a Facebook. Junto a mi foto de perfil la aplicación me lanzaba una pregun-

\* Ganador del Concurso Interno de Cuento del TEUC, 2017-01

ta directa que parecía sacada del más allá, literal: “¿Qué estás pensando?”.

—¿Qué estoy pensando? —me pregunté. Quizá pensaba justo en esa puta ironía de la pregunta: “¿qué estoy pensando?”.

Después de repetirme muchas veces la pregunta pude ordenar unas cuantas ideas. Estaba pensando en lo mismo que ocupaba mi mente desde hacía dos meses: mamá se va a morir en unas horas. Y necesitamos que se muera para que descansemos todos, ella, de su sufrimiento, y nosotros, de verla sufrir. Pensaba también en que no me iba a volver a acariciar, en la tentación que sentiría de llamarla para contarle mis cosas y mis planes. En que nunca encontraría un mejor hombro para llorar. En que ella debería ser la que me consolara por su muerte, aunque eso fuera como meterme a un espiral sin fondo: ella me consolaría por algo que me causa ella y que ni ella ni nadie puede controlar; entonces, ella me consolaría por ese algo que me causa ella, y que ni ella ni nadie puede controlar. Y así infinitas veces. Pensaba también en que me porté mal cuando tenía tres años. En que me porté mal cuando tenía cinco años. En que me porté mal cuando tenía seis, siete, diez, quince, veinticinco años. Pensaba en que me había portado bien en esos últimos días y en que también lo hice cuando tenía dos, cuatro, ocho, dieciséis, veinticuatro y treinta años. Pensaba en que me porté de todas las maneras posibles.

Pensaba en que la amaba.

Y en que quería que todo estuviera bien.



Toqué la pantalla justo encima de la irónica pregunta y le contesté a Facebook; sabía que no era a la aplicación sino a los cerca de cuatrocientos amigos que tenía en ella y que verían lo que iba a escribir: “Queridos amigos y amigas: acabo de fallecer. Fue un placer haberlos conocido. Nos vemos en el más allá. Si puedo vengo y les cuento cómo es ese viaje. No me tengan miedo”.

Uno... dos... tres segundos y el primer “me gusta”. Siete segundos y cuatro “me gusta”. Llegué al primer minuto con siete. A los cinco minutos el saldo era variado: quince “me gusta”, siete “me asombra”, cuatro “me entristece” y dos “me divierte”. Cero comentarios.

El primer comentario apareció a los diez minutos: “Como así mk se suicidó o q?”. Unos segundos después: “q paso????”. Y otro más: “jajajaja parece deje de joder”.

En la primera hora alcancé setenta y cinco *likes* y en total fueron ochenta y nueve. Los comentarios fueron quince, y todos me sugirieron algo:

“Te vamos a extrañar”: ¿quiénes?

“Buen viaje amigo”: ¿amigo?, ¿viaje en avión, barco, en alas?

“Que tristeza”: ¿cuánto te va a durar? ¿Y la tilde?

“Como así si estaba bien”: ¿cómo sabe que estaba bien? No hablamos hace años. Y lo mismo que al anterior, ¿por qué no pone tildes?

“Incomprensible, terrible pérdida”: ¡Claro, genio! La muerte es incomprensible, mucho más si es comunicada a través de Facebook. Y no es una pérdida, es una partida o sin muchas vueltas, una muerte.

“Nos vas a ser mucha falta”: claro, claro, claro, entiendo. Por eso me llamaste tanto en los últimos meses. Y por eso confundes las palabras: “nos vas a ser”. Supongo que lo que querías decir era: nos vas a hacer.

“Rip”: ¿*what?* Mejor rap, cinco veintisiete va va, cinco dos siete va.

“Q.E.P.D”: pereza de escribir. Lugar común. Quedamos Q.A.P.

“Vas a estar bien, con dios y la virgen-cita”: voy a estar muerto y no tengo certeza de con quién.

“Desde donde estes no te vamos olvidar”: sin palabras. Notevamosolvidar. No insisto con las tildes.

“Diosito te tenga en su gloria”: de nuevo, sin palabras.

“Q.E.P.D.”: me cansé.

Ni en esa hora ni en las siguientes sonó el teléfono. Formé todo ese revuelo en la red, pero nadie llamó a preguntar acerca de lo que pasaba. Nadie intentó averiguar las causas. Le conté a mi papá y a mis hermanos para que no me desmintieran. A ellos apenas les hicieron un par de llamadas que no contestaron.

Me devolví a uno de los comentarios: “Cómo así si estaba bien”. Y pensé que mejor hubieran podido escribir: “¿Cómo así?, si estaba vivo”. Obvio, para morir solo se necesita estar vivo, y para enfermarse solo se necesita estar sano, y para casarse solo se necesita estar soltero, y para mojarse solo se necesita estar seco, y para saciarse solo se necesita estar hambriento. ¡Qué cosas dice la gente! Hasta qué punto podemos limitar nuestras palabras y nuestra capacidad de pensar, solo para dedicarnos a vivir en días repetidos.

Volví a mirar a mi madre, agonizaba. Durante los últimos días, cada segundo se había resistido a morir, luchaba a pesar del visible cansancio. La vimos temblar en la cama, mirar con angustia, retener su alma y esforzarse por no dejarla salir. Ella no quería entristecernos. Estuvimos seguros de su apego a la vida y al mismo tiempo de su miedo a la muerte. Nos había repetido: “No se preocupen, estoy muy tranquila y sé que llegó mi hora”. Pero quién podía creerle que no sentía temor. Quién podía creerle que la incertidumbre no era más fuerte que cualquier otro

Entonces, pensé que quizá el alma residía en ellos, porque eran los que tenían que fallar para que dejara de existir la vida (si es que a eso todavía se le podía llamar vida).

sentimiento. Si se teme a un simple cambio de trabajo, cómo podríamos pensar que ella no temía cambiar de estado físico.

Mi madre llevaba dos meses de alucinaciones por un medicamento más fuerte que la morfina, más corrosivo que la heroína, más relajante que el cannabis. Cuando lo tomaba se alejaba de su realidad física. Pero cuando el dolor era más fuerte, aceptaba cada punzada y recibía cada célula de esa invasión interna que su cuerpo hacía de sí mismo. Aceptaba que se devorara sola, que por dentro sus órganos jugaran a la canibalización y lucharan a muerte por un centímetro más de tejidos, por la conquista de un nuevo órgano. El cáncer se propagaba silencioso y cada segundo mataba una parte de ella. Y los que mandaban, los reyes del cuerpo: corazón, pulmones y cerebro, con su grandeza y su inteligencia, bloqueaban esa masa invasora y resistían. Entonces, pensé que quizá el alma residía en ellos, porque eran los que tenían que fallar para que dejara de existir la vida (si es que a eso todavía se le podía llamar vida). Y entendí que cuando esa falla le llegara a alguno, sería porque el alma lo habría abandonado. Y que entonces era verdad todo ese cuento de que somos cuerpo y alma; materia y espíritu.

Mamá seguía con los suspiros entrecortados por la angustia, y su alma se

despegaba poco a poco de donde estuviera alojada. Nos iba a dejar en pocos minutos y, mientras tanto, en la pantalla de mi celular seguían apareciendo globos rojos sobre el logo de la F de color blanco y fondo azul. Los globos me notificaban alguna novedad en la red, el símbolo de la reacción de alguien ante mi falsa muerte.

Y la gente pedía que subieran fotos de mi cadáver. Y otros pedían respeto por la familia y por mi memoria. Algunos se preguntaron si se podía crear un evento para invitar a la gente a las exequias. Entonces les di gusto y lo creé. El lugar quedó propuesto en el cementerio de la salida de la calle 80. La fecha, dos días después, y la hora, a las 4 p. m.

En los instantes siguientes Facebook me empezó a notificar: “A Fulano y a Zutano les interesa asistir a un evento cerca de ti el próximo jueves”. Y: “Mengano piensa asistir al evento que creaste”. Me sentí orgulloso de la convocatoria que tenía mi muerte. Y más aún cuando traspasé fronteras porque la cosa llegó hasta Twitter con el numeral #DespidamosAlAmigoPablo. Y la gente seguía despachándose en palabras de agradecimiento por cosas que nunca hice y por sentimientos que nunca le tuve a nadie.

En ese momento mamá comenzó a agitarse y a respirar con fuerza porque el aire se le iba. Me miró de frente y alcancé a decirle que estuviera tranquila, que estaba próxima a descifrar las promesas de Dios y a descubrir el misterio más grande de la humanidad.

—Vete, vete tranquila que acá todo va a estar bien.

Y el celular me avisaba que seguían etiquetándome en recuerdos y que mi muro se llenaba de emojis tristes que botaban un líquido azul por los ojos. Supuse que era una simulación de lágrimas, aunque las lágrimas sean transparentes y saladas, aunque jamás se deben simular.

Ella intentó mirarme. Sentí que, a pesar de sus esfuerzos, detrás de esas pupilas dilatadas yo no era más que una sombra vaga que se desvanecía al mismo tiempo que su respiración. Una respiración que se iba haciendo lenta y fuerte. Angustiante. Lenta. Lenta. Leeeeenta. Muy-len-ta. Inaudible. Invisible. Durante todo ese momento tuve su mano agarrada y sentí cómo se enfriaba ese cuerpo que alguna vez fue mío, del que alguna vez fui parte, que habité. Ese cuerpo que construyó mi propio cuerpo. 37°C, 36°C, 35°C, 34°C... 21°C, 10°C... 0°C, -37°C. Ese frío implacable penetró cada centímetro de mi piel para nunca abandonarme. Mi madre murió. Yo la vi y la sentí morir.

A los dos días, en efecto, el cementerio estuvo abarrotado de amigos. La gente asistió puntual a la hora indicada en el evento que creé. Asistieron personas que no veía desde el colegio o la universidad, muchos años en todo caso. Muchos no entendían lo que pasaba ni a quién era que estaban enterrando. Yo me mantuve escondido todo el tiempo. Por solicitud mía, ni papá ni mis hermanos ni la familia más cercana desmintió todo el alboroto feisbuquiano. Tampoco daban explicaciones.

Era el entierro de mamá y al mismo tiempo el mío. Dentro de ese ataúd empujado unos cuantos metros bajo tierra, se fue una parte mía. Me enterré con ella, en un acto presenciado por muchos conocidos que lloraban por mí o por ella o por los dos o por la confusión o por ninguno (o por fingir). Me recordarían, nos recordarían. Mamá y yo juntos en la misma muerte, en el mismo entierro.

Puse de foto de perfil una cinta negra. Cerré la cuenta de Facebook. Desaparecí del ciberespacio y me hice real. Dejé de ser etéreo y resucité solo para que me abrazaran... con abrazos de verdad. ■